

Miguel Reyes Pérez
Diana V. Solares Pineda



MIRA MI ESCUELA

Reflexiones sobre espacios escolares

Primera edición, 2016

Reyes P., Miguel

Mira mi escuela. Reflexión sobre espacios escolares
/ Miguel Reyes Pérez (coordinación) — México:
Ediciones Axolotl, 2016.

47 p. ; 14 x 21 cm.

ISBN:

1. Lectura – 2. Literatura – 3. Pedagogía

Título original: Mira mi escuela. Reflexión sobre espacios escolares

© 2016. Miguel Reyes Pérez, coordinador

Diseño Editorial: Milenka Rufrancos Flores

ISBN:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Tinta negra editores.

2^{da} de Modesto Lechuga No. 13

Col. Vicente Guerrero, C.P. 09200

Impreso en México - *Printed in Mexico*

MIRA MI ESCUELA

Reflexiones sobre espacios escolares

Miguel Reyes Pérez

Diana V. Solares Pineda



PRÓLOGO

TOMAR LA ESCUELA

ELSIE ROCKWELL

Esta bella constelación de fotos y textos nos obliga a mirar escuelas reales en muchos poblados del corazón de las sierras y los desiertos de México.

Fotógrafos y escritores nos atraen hacia las cimas montañosas y los arroyos arenosos, para adentrarnos en el claroscuro de escuelas en pequeñas comunidades que se resisten a desaparecer.

Escuelas desde donde se mira la inmensidad de un mundo natural y a la vez habitado.

Escuelas fundadas y custodiadas por quienes han dado su tiempo, trabajo, materia y esperanza por tener su propia escuela pública.

Escuelas logradas mediante luchas emprendidas para hacerse respetar, para conseguir la gratuidad prometida, para preservar el valor del trabajo realizado.

Escuelas en territorios disputados, refugios únicos que brindan seguridad y sostienen el tejido social rural.

Escuelas con carencias que los censos desconocen y con cualidades que no pueden medir los instrumentos de la evaluación centralizada.

Fotos que retoman sus rasgos distintivos: colores vivos, materiales terrenales, espacios de creación y recreación, senderos de una patria defendida.

Fotos que evocan memorias y reclamos, algunas nostálgicas, otras ponderadas.

Fotos que detonan la exploración textual de mil faenas y festejos, certezas y perplejidades.

Textos que resuenan al encuentro de niños y niñas de todas edades, que colaboran para aprehender y compartir lo ajeno desde lo propio. Textos que recuerdan a maestros que atribuyen su pericia profesional a las condiciones y exigencias de su primer trabajo en estas escuelas rurales. Escuelas donde confluyen tradiciones e innovaciones pedagógicas análogas a los modelos preferidos por las mejores escuelas del primer mundo.

De escuelas como éstas bajan maestros a luchar por condiciones que les permitan continuar construyendo una educación pública incluyente, equitativa y respetuosa de la diversidad.

Éstas son las escuelas al centro. Tan al centro están que los bosques, aguas, plantas, animales y subsuelos de sus entornos, preservados por generaciones, se cotizan en las bolsas que dividen a la población mundial en privilegiados y prescindibles.

Tomemos estas escuelas, defendámoslas, en alianza con sus comunidades y con sus diversos ambientes naturales y culturales.

Reconozcamos el derecho de todos los niños y las niñas que habitan en las pequeñas comunidades, de completar una educación básica pública, laica, gratuita, democrática, en sus lugares de residencia.

PRESENTACIÓN

Fue hace un tiempo, que siendo testigo de la gran influencia que el uso de las redes sociales tienen sobre mis estudiantes en su vida social y escolar, que asumí el reto de conducir su gran afición por las mismas, para la producción de “algo” que los ayudara a reflexionar sobre su formación como profesores de educación básica.

Ideamos entonces un concurso de fotografía virtual llamado “Mira mi Escuela”, usando las redes sociales como único espacio de participación. La idea era que con una fotografía, se pudieran dar a conocer los espacios físicos escolares que encontramos en la Región de la Montaña del estado de Guerrero, cuyas características son de una alta población perteneciente a tres pueblos originarios como son los Nahuas, los Tu’un savi y los Me’phaa; además de ser conocida por su alta marginalidad y su extrema pobreza.

El concurso, que era nuestro primer intento por retomar a las redes sociales como un espacio de producción y reflexión académica, tuvo sus dificultades, pues casi no había participación en un primer momento; sin embargo, poco a poco fueron llegando las fotografías tomadas con celulares, algunas de ellas con muy poca resolución y otras sin tener claro lo que se quería fotografiar. Participaron alumnos y maestros de nuestra escuela y después de casi tres meses, dimos por terminado el concurso y obtuvimos las fotografías que nos interesaban.

Nuestro proyecto se iba conformando. El siguiente paso era que tomando como base las fotografías seleccionadas, se pediría a los amigos de distintas profesiones y aficiones, de distintos lugares y hogares, que escribieran “algo” que les inspirara la fotografía que se les enviaría.

La idea tuvo gran apoyo, muchos fueron los que sin conocer a mis alumnos y tampoco a mí, nos brindaron sus reflexiones, sus planteamientos, sus inspiraciones.

Fue así que aquella afición de mis alumnos por las redes sociales, junto a su inspiración por ser buenos maestros, dio como resultado este libro que solamente pretende inspirar y homenajear el papel

del maestro y su accionar en los diversos espacios escolares que se pueden presentar en nuestra República Mexicana.

Te invito a ver los espacios escolares de mi región, a conocer las escuelas, su belleza, su fortaleza, sus escenarios y conocer el trabajo de los maestros y estudiantes normalistas. Ven y “MIRA MI ESCUELA”.

Mtro. Miguel Reyes Pérez

Escuela Normal Regional de la Montaña

Tlapa de Comonfort, Gro.



Foto de Zuleyma Reyes

LA ESTRELLA DE XOCOTEPPEC

JORGE ARTURO BORJA*

Escuela y Estrella

por poquito hacen rima.

Educarse es subir

la montaña y su cima.

Si tú miras arriba

muy sencilla la ves.

Es mi escuela querida

Miguel H. y Costilla

Es la estrella que brilla

sobre Xocotepec.

* Guionista, narrador y poeta. Profesor del Instituto de Educación Media Superior de la Ciudad de México.



Foto de Guadalupe Juménez Jiménez

PAREDES COMO CARACOLES

CITLALLI FUENTES*

Mientras observo la foto pienso en las primeras piedras que se transportaron y apilaron para irle dando forma a esta escuela. Trato de adivinar cómo eligieron el lugar en el que habrían de construirla. Me imagino las gotas de sudor que resbalaban en los rostros de los que trabajaban en ella y en la forma en que se retirarían éstas con el antebrazo.

Pienso en las manos fuertes de aquellos que la construyeron —como si toda construcción empezara en la forma honesta de las manos—, y medito en cuántos de ellos no habrán asistido nunca a escuela alguna y sin embargo le han dado forma a varias.

* Escritora y promotora cultural en la Ciudad de México

Supongo la inauguración, tal vez con fiestas y bendiciones. En los primeros alumnos y en el olor a nuevo que todas las cosas tienen alguna vez. Me gustaría saber a quién se le ocurrió pintar un sol sonriente en la fachada, para entonces así, tener dos soles en esa montaña y además continuar el paisaje natural con el que tiene la escuela dibujado en un fondo tan azul como el del cielo a medio día. No es casualidad que en las montañas sigan naciendo escuelas, como si éstas fuesen, a su vez, pequeñas montañas que están ahí para resistir, para seguir creyendo en el valor del conocimiento, de la palabra, de los lazos que se forjan entre un alumno y un maestro.

Viene a mi mente eso que dicen sobre los caracoles, que si te los acercas al oído puedes escuchar el mar en ellos, y entonces se me ocurre que quizá sea posible que suceda algo parecido en las paredes escolares, que tal vez si pegamos las orejas a sus muros, podamos escuchar las risas de los niños, sus voces y, en esa oleada de susurros y gritos infantiles, la voz que tiene la esperanza.



Foto de Miguel Reyes

EQUIVOCACIÓN

JOSÉ RODRÍGUEZ COCOM*

*“Para enseñar, cualquiera, pero
para educar, sólo un maestro”*

Cuánta soledad, qué silencio y qué diáfano el cielo, todo parece muerto, tranquilo, sólo se puede adivinar la intensa luz del sol, lo que compensa un poco la impresión que se impacta dentro de mí al ver tan sola y abandonada la escuela, ese recinto sagrado del saber que ahora me parece de otro mundo, el mundo de los muertos.

* Profesor de la Escuela Normal Regional de la Montaña, Tlapa, Gro.

Qué absurdo y contradictorio me parece ese cuadro tan natural donde se esparce el vaho del medio día. Acaso mis sentidos se desorientan por la idea que desde niño me inculcaron sobre la escuela, ese pedacito de cielo donde parece que el edén se trasladó y que ahora está sola, sin el dulce trinar de las voces infantiles y la enorme algarabía que ocasiona la hora del recreo.

Ahogado en esta inmensidad etérea, siento que mis esperanzas renacen, al contemplar al fondo la majestuosidad de la montaña parecida a los montes del Olimpo, guardando todo el poderío de una raza que se aletarga con el paso de los siglos, en esa inmensidad donde se forjan las ilusiones de tantos niños olvidados, como me parecen ahora esos salones olvidados, pero con la esperanza de un mañana con esplendoroso amanecer, en el despertar de una raza que descendió de los cielos para cimentar sus raíces en esta tierra, tierra de ensueño, de tristezas y de sol.

El suelo de mi escuela me parece tan árido sin el consuelo del pasto verde o de una flor, sin la caricia del rocío que a veces se recrea entre los pétalos aromáticos del pericón. Los guijarros que esparcidos por el suelo se blanquean impávidos ante el candente sol, tal parece que esperan ansiosos acariciar, prontamente, las plantas humildes y ásperas de tantos niños descalzos que asistirán algún día a este sacrosanto lugar. Sí, estoy seguro, mi instinto animal, forjado en la miseria y entre la ham-

briente necesidad de aprender, me dice que pronto, muy pronto, esta sensación pasará, porque vendrán los niños, sé que vendrán, y entonces... todo, todo cambiará, habrá futuro, habrá una esperanza.

Mi espíritu se recrea ante la idea de ver aparecer de un momento a otro, esos pequeños trigüeños en cuyos rostros se dibujan la ansiedad y la sonrisa de quien espera encontrar, tras los ventanales, el inicio de una aventura, los misterios de la ciencia, la magia de los números y gozar la caricia de la mano del maestro que con ternura aclare sus dudas y le desvele el misterio de la vida. Siento mis venas llenarse de vigor, en mis sienes se agolpan los latidos de mi corazón, es que esta emoción es tan fuerte que sólo mi espíritu templado por las desilusiones puede soportar estoico el dolor lacerante de la verdad: No, no están los niños, no está el maestro, pero sí esos amplios ventanales.

El cielo azul me recuerda la tranquilidad de quien espera con certeza, su profundidad es tal, que en la lejanía parece que la tierra se une a él. La espera no es en vano, porque el momento llegará y todo, todo cambiará; porque ahora el cielo, la tierra y el viento parecen un cuadro congelado en el tiempo y pronto, muy pronto, vida cobrarán y entonces el porvenir será de esplendor, mi raza pronto verá la luz del nuevo sol, porque la abundancia será como una bendición. Ya no más hambres, ya no más sed de saber, porque el maestro vendrá y con él todo el conocimiento del universo que calmará las ansias aventureras de esos peque-

ños que inocentemente creen que hoy, ¡¡es mañana!!

El caserío a la distancia me hace tener la idea de que la escuela está más lejos de lo que creo, solita, abandonada, sin nadie que la quiera, sin nadie que vea por ella. Pero creo que exagero, porque fijándose muy bien, está sola pero... muy bien conservada, lo que me indica que por alguna razón no hay nadie cerca de ella. Los caminos que a lo lejos serpentean, me da la impresión de que sólo es mi imaginación la que me traiciona o que tal vez, por alguna razón que desconozco, ahora no haya nadie que le de vida; pero, pronto vendrán, ya vendrán, estoy seguro que sí, que sí vendrán.

En mis locos desvaríos creo escuchar el trinar lejano de las aves y el incesante chirriar de las cigarras que me invitan a sumarme a esta discordante sinfonía, sumido entre el susurro del viento que acaricia mis mejillas con ese agradable calor veraniego, mi corazón se agita y siento su ímpetu como potro indomable, serreño, furtivo y algunas veces agresivamente altivo; así, adivino este paisaje, como un nido de águila escondido en los rincones más apartados de esta tierra mía, de este mi Guerrero indomable, fuerte, aguerrido y noble.

Por la intensa luz del mediodía entrecierro los ojos y me parece ver, entre la bruma, cómo se van formando imágenes casi salidas de la nada, como escenas de ciencia ficción se forman siluetas de plasma que van tomando cada vez más forma, más claridad y se reúnen en el patio de la escuela. Ahora se aclara la visión, son niños y maestros, es la

hora del recreo, poco a poco distingo entre el plasma enmarañado el motivo de la reunión, porque a mis oídos llega muy suave, pero muy suave, la entonación de “a la rueda, a la rueda de San Miguel”... parece que están jugando a la ronda, ¡qué bien!

Más allá, cerca de la malla ciclónica y el antiguo monumento a la bandera, los niños corren jugando a la roña y en aquel rincón donde hace sombra el alero de los salones, otros juegan a las canicas y clarito escucho a alguien gritar: ¡Chirrias! ¡Está fuera del rombo!, ¡no, no, yo soy matón!.. y entre gritos y risas continuó el ensueño que transforma mi ser, ya no soy el mismo, soy éter, soy volátil, me escapo de mi realidad.

También me parece escuchar el canto del ceniztle, ese pájaro de trinar maravilloso que nuestros abuelos llamaron ave de cuatrocientas voces, y entre tanto gorjeo casi divino, algunas notas se entrelazan con los acordes acelerados de mi corazón y me aclaran la mente que enturbiada por la imagen de mi escuela, me dicen entre trinos y cánticos sublimes, que me he equivocado, mi inconciencia me dicta aquí y ahora, pero mi espíritu me dice: Mañana, espera un mañana, y verás “un sol para cada niño”, tu escuela no estará más tiempo sola, la vida volverá, renacerán las esperanzas, los niños regresarán y con ellos la alegría dormida, porque tú te has equivocado, porque hoy... ¡¡ES DOMINGO!!



Foto de Zuleyma Reyes

OLINALÁ

YADIRA JANNET JIMÉNEZ TABOADA*

Proust, al analizar los deseos, dice que los deseos no quieren analizarse sino satisfacerse, esto es: no quiero hablar del jardín, quiero verlo. Claro es que lo que digo no deja de ser pueril, pues en esta vida nunca hacemos lo que queremos. Lo cual es un motivo más para querer ver el jardín, aún si es imposible, sobre todo si es imposible.

Alejandra Pizarnik

Quizá ustedes la miren chiquita, quizá piensen que deben estar muy apretados en esa escuelita, y de primera vista, al acercarse para ver su nombre y leer:

* Maestra en Ciencias con Especialidad en Investigaciones Educativas. Colegio de Ciencias y Humanidades de la z

“Centro de Educación Preescolar Indígena ‘Xokaltsin’. Santa Cruz Lomalapa, Gro.”, busquen datos en su cabeza que los remita a esa zona de Guerrero sin éxito; claro, porque lo que más ubicamos de Guerrero es Acapulco, o a últimas fechas la Normal Rural, Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa, que está también en ese estado. Luego se preguntarán ¿Qué significa Xokaltsin y en qué lengua está? Ver una imagen siempre nos remite a objetos, nos lanza cuestionamientos, nos recuerda momentos de nuestra vida y nos permite imaginarnos instantes que nunca tendremos. Cuando miré la imagen, no pude más que sentir un poco de envidia, porque en ese lugar de verdor y de cielos azules hay personas aprendiendo, hay niños comenzando a compartir sus risas, su tiempo, sus enojos y lo que saben del mundo. Sentí envidia de la niñez, de tener que esperar turno para subir a esos columpios y decidir, con mis amiguitos, quién sería el primero en hacerlo, quién empujaría a quién y cuánto tiempo podría permanecer en él. Cerré los ojos y traté de imaginar cómo se sentiría el viento en mi cara al balancearme en el columpio, cómo sería el aire en ese lugar, a qué olería. Siempre que miro una fotografía me gusta pensar a qué huele el sitio que observo. Probablemente éste olería a hierba, y tal vez cuando llueve, el olor a tierra mojada sea intenso, refrescante. Es así como poco a poco reflexiono que la escuela no es sólo lo que hay en la foto, esa pequeña construcción. La escuela también la conforman las personas que la pisan a diario, no hay bordes, no hay delimitaciones espa-

ciales en ese lugar, la escuela es el verdor, el cielo, el columpio, la tierra húmeda, los niños organizando el turno para subirse al columpio, los padres que llevan a los niños, la chica que tomó esta fotografía...

Luego de pensar todo esto, decidí averiguar más sobre el sitio en el que se encuentra el preescolar de la foto, hice una búsqueda rápida en internet, por ello supe que la localidad de Santa Cruz Lomalapa está situada en el Municipio de Olinalá, además hallé datos demográficos, porcentajes, números respecto a la población que allí vive y de la escuela de la imagen que tenía frente a mí.

Terminé de leer y por alguna razón, la información no me dijo nada, no me explicó cómo son los niños de “Xokaltsin”, ni cuáles son los sueños de los profesores que ahí trabajan, tampoco me habló del esfuerzo que realizan los padres por llevar a sus hijos a clase, y ni por error insinuaron a qué huele el viento mientras uno se columpia ahí. Por eso mejor apagué la computadora y seguí imaginando cómo era estar en esa escuela del Municipio de Olinalá.



Foto de Julia Edith García Evangelista

EFEMÉRIDE

DIANA VIOLETA SOLARES PINEDA*

Marchan. El polvo en la cara, en la lengua, en los ojos. Ese día los zapatos fueron lustrados con esmero, hasta sacarles el brillo que ya no tiene el cuero gastado. Qué importa que después queden empanizados por el polvo del camino. Y quienes no tienen zapatos presumieron sus huaraches, con ellos avanzan más rápido y seguro que los que traen zapatos.

Los cabellos rebeldes de los chamacos fueron sometidos con gel, y el cabello de las niñas fue re-

* Narradora y profesora de la Universidad Autónoma de Querétaro.

cogido con esmero. Las faldas fueron planchadas, las blusas almidonadas, no importa que al rato el blanco se vuelva gris. Son las fiestas patrias y la escolta debe lucir su paso redoblado y las banderitas de colores por todo San Miguel Mexquitepec.

¿Qué será la Patria para esos niños y niñas? ¿Será un pedazo de tierra sin maíz?, ¿será el camino polvoriento bajo sus pies o será el intenso cielo azul que los cubre?

¿Qué sonidos llegarán a sus oídos cada vez que escuchan la palabra Patria? Tal vez les evoque la chicharra de la escuela, la música de la banda del pueblo, las risas de las mujeres en el mercado, las voces de los hombres bajo la escasa sombra del hui-zache, la voz de la maestra leyéndoles un cuento.

¿A qué les sabe esa palabra cuando la pronuncian? ¿Sabrá lo mismo que el mango con chile o la nieve de limón?, ¿se les hará agua la boca?, ¿se les iluminarán los ojos igual que cuando patean un balón de fútbol en el patio de la escuela?

Uno, dos, tres, flanco izquierdo... ¿Para dónde está el futuro?.. Uno, dos, tres, flanco derecho... ¿Para dónde está el pasado?.. Al mediodía sopla el viento, se levantan nubes de polvo y de risas. Todos rompen filas, corren en distintas direcciones. En casa les espera su madre con tacos de frijoles y elotes asados. Por hoy la Patria es eso.



Foto de Juan Salmerón

VIVO EN OTRA REALIDAD, EN OTRO MUNDO

DIEGO DÍAZ SILVESTRE (Q.E.P.D.)*

Me han contado que allá todo se ve bien, todo va bien, las cosas cada vez están mejor. Pienso seriamente, por un instante, en la tranquilidad de vivir allá, lo emocionante que sería levantarme todo los días y escuchar noticias alentadoras, noticias verídicas, cosas positivas y reales. Pero, todo se desvanece cuando vuelvo la vista a mi realidad y concluyo súbitamente que no podría haber mayor acto de cobardía que dejar mi mundo, mi realidad, y no hacer nada por lo que sucede en este lugar al que pertenezco, a esto que con tanto empeño el siste-

* Doctor docente de Telesecundaria en el estado de Chiapas

ma ha catalogado de “un tiempo de cambios verdaderos”, como si los otros tiempos hubieran sido de cambios falsos, como si no fueran esos mismos pero con distinto antifaz. Las mismas falacias.

Hoy es lunes y por fin desperté ausente del sentimiento que me provocaba el mismo sueño de siempre, ese que me alienta y desanima al mismo tiempo, aquel sueño donde me platicaban cosas alentadoras mis colegas del otro mundo, de la otra realidad. Rápidamente me levanto para prepararme el café de todas las mañanas, el mismo que irónicamente me arrebatara la tranquilidad, pero que me despierta cual si fuera un terremoto. Mientras me paseo por la galera de “la casa del maestro”, una voz dulce y urgente me saluda desde la entrada. —Buenos días Paquito—, le contesto a esa personita que, como tantas, me motiva cada mañana a cumplir con mi encargo social.

Unos segundos bastan para convertir aquella galera en una importante y bella casa de estudios: La escuela. ¿Yo de qué puedo quejarme? Tengo 36 alumnos que todos los días caminan horas y horas a pies descalzos para llegar a ella, para aprender una lección más de ciencias, para escuchar historias del futuro prometedor que les espera. Yo de qué puedo quejarme si a los niños no les importa el lugar, el tiempo, el espacio y son felices. Imagino la libertad que se siente no tener cuatro paredes que te encierren, respirar el aire fresco de la mañana y liberarse un poco del humo que no cesa nunca en la chozas que habitan.

El cartón, la lámina, son fáciles de reacomodar cada día, la madera para reparar las pequeñas tra-

vesuras que hacen los jovencitos, son fáciles de conseguir y los padres mismos lo resuelven en un santiamén. Algunos descalzos, otros un poco más cubiertos, pero es la misma escena de caras felices. ¿Yo de qué puedo quejarme, cómo puedo yo sentir la necesidad de conocer esa realidad de la que me hablaban tanto mis colegas del otro mundo, de la otra realidad? Esperen, sí hay mucho de qué quejarse, esto no puede seguir así, esas caras felices no significan que haya ausencia de necesidades básicas.

Pensándolo bien, mi sueño no es muy distinto de lo que todos los días tu presidente, tu noticiero favorito y tus telenovelas cuentan. Esos espacios que a cada segundo nos cuentan cosas progresistas, pero que desde que tengo memoria jamás he comprobado que sean reales. Esas noticias que producen enajenación, que son causa de la resignación, que duermen a la gente, que sedan las mentes. Nos quedan dos caminos: resignarnos a la injusticia, la impunidad y la desgracia o plantar cara, exigir escuelas dignas, que no se gasten los recursos destinados a educación en campañas políticas o publicidad, exigir mejores condiciones de infraestructura y recursos didácticos para una educación de calidad. ¡Basta!, despierta y no sigas creyendo más que vives en ese mundo que mis colegas del sueño me contaban todas las noches. Esta desgracia en que está hundido el Sistema Educativo Mexicano, lo podemos cambiar juntos, pero despierta, levántate y haz algo.



Foto de Isaías Ríos

MONTAÑA AZUL

MARCO SOLARES*

Mis ojos se posan en el azul.

Es un color que me trae nostalgias, es inevitable. Principalmente si la fría sensación de la montaña sopla sobre mí para hacerme recordar que estoy vivo.

La fuerza del viento sacude todo a su paso. Deshila la forma de las nubes, despeja no sólo el paisaje, también nuestros pensamientos más ocultos y secretos. No es raro que nos arroje también al silencio. Alguien podría llegar y preguntar ¿en qué piensas? Y la respuesta sería: no sé, en nada.

El azul se degrada, pareciera que también por la fuerza del viento, a lo lejos, en el horizon-

* Pintor y narrador. Profesor del Instituto de Educación Media Superior de la Ciudad de México.

te se vuelve grisáceo, tiñe así las cumbres montañosas que se miran inalcanzables, más lejanas que el mañana, más inasibles que las promesas.

Me pregunto si habrá alguien en aquellas cumbres, y al igual que yo, mira en dirección del horizonte lejano. Si así fuera, es posible que su nostalgia sea del mismo color que la mía.

En mi montaña azul hay cuatro paredes y un techo de concreto. Los niños vienen aquí a cosechar palabras. Vienen con la mirada limpia, listos para guardar historias, lugares lejanos, números y nombres. Durante ese lapso de tiempo el silencio abre la puerta a las voces infantiles, las risas y los cantos.

Después se van, llevándose consigo parte de mi montaña, parte del azul y del viento. Regresan a sus casas a seguir con lo cotidiano. Guardando en sus bolsas y en sus mochilas, pero sobre todo en sus miradas, lo vivido allá arriba. Cada uno sabe algo nuevo, cada una tiene un nuevo secreto. Una nueva alegría.

De noche, el manto de estrellas es un trinar de aves, los destellos se pueden reconocer por las notas musicales que interpretan. Pero es un trinar suave, liviano. Un arrullo.

Mi montaña guarda en su interior la sangre más antigua, sus arterias son ríos de nombres e historias. Su palpitir alimenta a la vida misma.

Tras el frío de la madrugada y la humedad del rocío, salgo de las cuatro paredes, lavo mi rostro, despejo la mirada y me preparo para conocer el tono de azul del nuevo día. A saborear lo que el viento ha traído de otros horizontes, a escuchar el palpitir de la mañana.



Foto de Eligio Reyes

¡DÓNDE ESTÁ JAPÓN!

RIGOBERTO GONZÁLEZ NICOLÁS*

En los pasados veinte años de caminar entre valles y montañas, compartimos el desafío de convertir en lectores a los que pueden y no pueden comprar libros; a los que viven en las márgenes de las ciudades, en los pueblos y rancherías, a los que viven en el encierro producto de la desigualdad, a los desobedientes que luchan por construir una voz disidente desde las aulas.

...¡Dónde está Japón! La frase retumba en el aula que a esa hora de la mañana ya se había cargado de olores rancios. ¡Japón! El eco de la frase va y

* Profesor de educación primaria y de la Universidad Pedagógica Nacional-Ajusco.

viene, desgarrar el silencio y se estrella en los oídos de los niños que intentan descifrar la lengua del maestro; sus palabras atraviesan el patio donde los rayos de sol descansan como la bicicleta de Juan.

Santos, el más grande de la clase, como queriendo anidar en los pensamientos de sus compañeros, los mira de reojo. Sus pies descalzos se frotan una y otra vez contra el suelo áspero. Sus dedos se asoman entre los callos de tantas batallas contra las piedras del camino. El encanto de Santos por las palabras que se desgranar a gran velocidad en la boca del maestro es tan breve, como el destello de las luciérnagas. La ilusión se quiebra como hace el viento con las escuálidas milpas, como el machete que cortó las ramas que ahora sostienen la malla que resguarda la escuela.

¡Dónde está Japón! Santos libera su cuerpo sobre la banca que amenaza con desarmarse, mientras mira el pedacito de cielo desde la ventana; está seguro que hoy en la tarde lloverá, lo lee en la delgada línea del horizonte. Ahora mira la tierra. Traza con sus pies desnudos el sonido aletargado de las chicharras, sabe que ellas cantan de gusto porque han descubierto la muerte con la luz del día. Santos oye unas pisadas que le son familiares. Los resoplidos, la silla de montar, los herrajes, las crines, y hasta el trote, se instalan en la memoria de Santos Librado.

¡Dónde está Japón! Los ojos de Rafa iluminan el salón. Rafa quiere hablar como el maestro, caminar como el maestro, vestir como el maestro, pero no quiere gritar como el maestro. Rafa tiene tele y sabe que hay un Japón por ahí, que no se

parece a su casa de techo de láminas ni a sus noches de estrellas salpicadas. ¿A quién le interesa su rancho? En cambio “Japón” sabe a ciudad, a carros, a tiendas, a gente de razón como su maestro.

¡Dónde está Japón! Las palabras arañan la piel morena de los otros niños. Sus miradas reflejan el polvo de su patio escolar, el canto de los pájaros, la milpa que a duras penas jilotea, los perros hambrientos... ¿Qué es Japón?

Japón no suena a Otomí. La tarde despliega su carga de plomo sobre San José.



Foto de Isaías Ríos

UNA BALSA QUE LLEVA LEJOS

AVENILDE ROMO VÁZQUEZ*

Miré muchas veces la imagen, era fácil observar que el verde predominaba, aunque los tonos eran muy diversos. La fachada de la escuela de Atlamajalcingo del Monte, era de un tono verde agua, que contrastaba con los verdes oscuros del entorno, anunciando una gran cantidad de lluvias y de sol. La escuela, contagiada de ese tremendo brote de vida, parecía también florecer y abrirse con una puerta bajo un letrero que indicaba, DIRECCIÓN.

Se alcanzaba a ver una silla y el reflejo de una persona. Y uno podía imaginarse a quiénes es-

* Profesora-Investigadora del Centro de Investigación en Ciencia Aplicada y Tecnología Avanzada del IPN.

peraba esa silla, a los padres, a los alumnos, a los maestros, a los inspectores o a los encargados de la obra, quizá de un arreglo. Le pertenecía a Atlamajalcingo del Monte, una población pequeña, de esas que dan todo por la escuela, que la hacen una balsa que puede llevarlos lejos, que les invita a trabajar en equipo, a esforzarse, a abrir libros, a apretar con fuerza un lápiz, a aprender a escribir lo que el alma grita y el cerebro dicta. Advertí que para llegar a ella debía caminar mucho, sentir la fuerza de los terrones en tiempo de calor y el hundimiento de los pies en tiempos de lluvias.

Quise sin remedio esta escuela, que me parecía erigirse como una casa en la que se puede soñar, en la que no es obligatorio abrir libros y cuadernos, sino que éstas dos pequeñas acciones se convierten en derecho puro, en ganas de ser parte de un mundo para el que a veces no se existe. ¿Qué libros llegarán ahí? ¿Cómo son abiertos? ¿Cuántas ilusiones son capaces de crear? Pensé en el maestro, en lo que siente cada vez que entra ahí y pone todo el esfuerzo para compartir, para hacer que los conocimientos se construyan, para comprender los deseos profundos de sus estudiantes, para en una clase tener acceso a su cultura, a su forma de concebir la enseñanza, las ganas de ser, la forma de trabajar y de sentir.

Se verá tentado a decirles que los libros pueden llevarlos lejos, lejos de ese tesoro que es la tierra, de ese milagro que deja que uno coloque una semilla y ella te regrese miles. ¿Cómo hará para que ese campo bendito siga queriéndose con los libros bajo el

brazo? ¿Cómo decirles que los números no son para irse lejos, ganar dinero y volverse “visible” sino para cuantificar la belleza que nos rodea? Debe ser difícil enseñar ahí, en ese pequeño paraíso que el centro dominante no aprecia, no valora, no conoce y no ve.

Pero debe también ser una lucha que nace cada mañana y en la que la estrategia se vuelve a pensar cada noche; debe ser un encuentro diario con lo que se sabe y con las dificultades, apenas conocidas, que obligan a aprender; debe ser una obra de vida que se esculpe con esfuerzo, con ilusiones rotas, con ganas, con conocimientos; debe ser ese encontrar de miradas, de pasos, de lápices en mano, de hojas blancas puestas sobre el mesabanco, de rostros ávidos de saber, de voces que recitan, el que recuerde que la enseñanza es un sustantivo por el que se da la vida.



Foto de Juan Salmerón

MAGIA EN EL CORAZÓN DE LA SIERRA

JUAN GUILLERMO TÉLLEZ VILLALOBOS*

El mirar aquella escuela despertaba un fuerte sentimiento de pertenencia. No se ubicaba dentro de una gran urbe, ni estaba forjada con fuertes estructuras de acero y concreto, sino que se encontraba enraizada en el corazón de la sierra con grandes pedazos de madera, lámina y cuerda. Además de todo ello poseía su magia, quizás el tiempo y el espacio transcurrían de una forma tan relativa y algunas veces el tiempo era tan subjetivo. La materia y la energía con la que se encontraba elaborada era muy común para algunos, pero para los pequeños que asistían cada

* Maestro en Ciencias. Facultad de Ciencias UASLP.

mañana no era una estructura cualquiera, para ellos contenía un microcosmos de conocimiento. Todos se reunían con esmero en torno a su profesor y aquel conjunto de conocimientos que consideraban mágicos. Se dice que éste sabía leer muchos textos, realizar una cantidad abismal de cálculos y operaciones matemáticas, revivir las ideas y pensamientos de grandes hombres ilustres del pasado; pero el mítico poder que realmente poseía, no era más que el de forjar a los grandes hombres del mañana.



Foto de Guadalupe Jiménez Jiménez

CLAROSCUROS DE MI ESCUELA: RURALIDAD EN EL SIGLO XXI

JUAN DAVID GONZÁLEZ FRAGA Y VÍCTOR MANUEL LEÓN RODRÍGUEZ*

¿Qué es la luz y qué es la sombra a fin de cuentas? Todo depende de la construcción imaginaria del nicho social del que se deviene. ¿O es acaso que entrar en la oscuridad de un recinto tenebroso, lleno de sombras, ignoto, es necesariamente caminar a las tinieblas? ¿Por qué los párvulos y mancebos habrían de entrar con tanto afán a las recónditas oscuridades sin sentido? La contradicción radica en la paradoja de la vida misma. El alumno rural no ve oscuridad, sino luz. Las sombras representan el mundo

* Maestro de la UPN de San Luis Potosí

enajenante del que escapan; ese paisaje olvidado en que han sido arrojados, génesis natural de su vida, sentido social del profesor al que acuden por su luz. Vínculo; amalgama de dos mundos; claroscuros que sólo ellos, alumnos y maestros han de comprender.

He ahí la contradicción más hermosa de la escuela rural. Claroscuros de una misma luna. Dicotomías simbióticas de dos realidades latentes, que se condensan en una sola visión. Entrar en la oscuridad para buscar luz, abandonarse a sí mismos para construirse a sí mismos, negarse para ser, saberse ajenos para no enajenarse, construir su propia luz.

Ahora el brillo, la luminiscencia no está representada por el sol o resolana; niños y jóvenes ven en su escenario las verdaderas sombras: la marginación social a la que han sido constreñidos, la desigualdad social a la que han resultado arrojados, el mundo desigual, la paradójica oscuridad desértica de un día oscuro, no en el mundo físico, sino en la mente, en el desgarrado corazón de la injusticia e iniquidad (digo bien, iniquidad). Pobre recinto etéreo fruto de un contexto invisible para muchos, emergente para pocos, latente sólo para dos: alumno y maestro. Qué ajenos son los que ven luz en el exterior y sombras en el recinto sagrado del saber. Completos sabios de la ignorancia, que no han visto la luz al interior.

Las sombras son las más visibles, no hace falta buscarlas al interior de los espacios, en los más profundos rincones, las tinieblas están ahí, para quien las quiera ver; están en el reflejo del sol en un recinto de adobe salitroso, entre el moho so-

cial de la indiferencia, en las tejas derruidas por la ignorancia común, de los verdaderos incultos, los que desconocen la cultura de los desposeídos, de los cultos sin oportunidad. La oscuridad, en fin, es encontrada incluso lejos, muy lejos de la escuela y la comunidad, pero sus sombras les alcanzan, esa oscuridad de la insolvencia por atender, subsanar, adaptar el mundo ajeno al mundo propio, por hacer ajenos a lo que son más nuestros.

Ante estas sombras, no ha de sorprender por qué corren los niños y se refugian en la luz, ahí adentro, en el recinto salitroso, oscuro por fuera aún de día, luminoso por dentro aún de noche. En este lienzo del tenebrismo habrán de encontrar el sentido de las sombras en los tonos lumínicos de los que quieren ser parte. En efecto, los pequeños habrán de buscar no sólo el objeto luminoso, sino ser ese objeto.

Al entrar y deslumbrarse en ese mundo aparentemente oscuro, sin ventanales, en realidad se adentran a gigantes rosetones adornados con vitrales de colores inimaginables previamente. Esto es la educación para los ignorados, la arquitectura derruida de arcillas corruptas por el tiempo, el clima, la desatención y la carencia, se transforman en espacios ávidos de luz, fosforescencias de matices fragmentados que emanan del ser más humilde e insospechado, otro ser arrojado a su apostolado, otro invisible más que ha adquirido transparencias por su condición actual: el maestro rural.

Las circunstancias luminosas son irradiadas por los ímpetus del novel, del amateur, del amante; pero

también son nutridas del saber de la experiencia, aquellas profundidades de las que ha emergido resiliente el profesor, dotado de saberes e identidades esplendentes, cual Sísifo fortalecido tras empujar la roca en la montaña. Los lúmenes que emana son producto irreductible de la ética solo distinguida por el educador de la pastoral, el apóstol de las ruralidades. Las carencias experticas o la incertidumbre no son sino iniciadores del fuego irradiante de la luz noble de enculturación y formación. Así, como hasta el más pequeño espíritu persigue la luz, así se encamina el alumno rural lejos de las sombras.

Y ahora que la hoguera está encendida, las antorchas de los alumnos se encienden prontamente. Ya no es el recinto ni el maestro el agente irradiante sino el buscador de luces, que en su infantil inocencia no ha descubierto que ambiciona cada vez más luminiscencia, sin darse cuenta que ahora él es la propia luz que irradia satisfacción a maestros y a sus padres. Las sombras se reducen, la luminaria rompe las barreras del recinto salitroso, enmohecido, apollado, y proyecta su irradiación a los confines de su ubicación geográfica. El sentido de la existencia de una comunidad se devela, los vendajes oculares caen y una ceguera inicial da paso a la consciencia común. El ancla de la comunidad son las luces que la guían: sus maestros, sus alumnos, su escuela.

Al alejarse del lienzo de la comunidad rural se pueden observar con perfección los claros-curos, y se puede intuir que las sombras no son más que necesarias, el tenebrismo es vital para

reconocer los objetos luminosos, las dicotomías sólo existen si sobrevive cada uno de los elementos que las implican, no sólo son incluyentes sino simbióticos. Y en esas fronteras de la luz y oscuridad los claroscuros nos develan su sentido.

Las carencias del escenario rural nos permiten asombrarnos de la formación y aprendizaje a pesar de los panoramas desoladores; la experiencia del maestro rural en condiciones de carencia le permite transitar de las prácticas artesanales a la luminiscencia hermenéutica que irradia para sus alumnos y para sí. La comunidad rural, olvidada en las sombras de zonas indeterminadas, cual ente extremófilo emerge y se fortalece al conocer su función social.

Así, como cualquier día, y como todos los alumnos, la pequeña niña se detiene un segundo en el marco de la puerta, en el aula derruida por el tiempo y la carencia; se ubica en las fronteras del claroscuro que representa el cambio de luz de afuera hacia adentro. No se encuentra alucinada por la oscuridad del aula; más bien acostumbra sus ojos deslumbrados por la luz intensa que emana la escuela, el maestro y ella misma.



Foto de Irian Joachin

HERÓICA POBREZA

PTEROCLES ARENAIRUS*

La heroica pobreza, el humilde sitio en donde se reivindica la dignidad, se celebra y se recrea el conocimiento. En tan modesto sitio se construye, se redime, a la humanidad, en donde realmente se escribe la historia, donde esta gente nos sublima: en San Lázaro, Olinalá, en el mártir estado de Guerrero. El sitio no es un jardín y está lejos de parecer adecuado para niños, sin embargo, se llama Jardín de Niños Luz y Progreso. Porque ciertamente, la luz — la verdadera, la del espíritu— aquí deslumbra. Y el progreso, el mejor, el de la grandeza del espíritu, sin

* Guionista y narrador en la Ciudad de México

duda nos aguarda cuando estos niños ya no lo sean; entonces, un día ya muy cercano, cambiaremos esta visible circunstancia de pobreza y estas escuelas serán, de verdad, jardines para los nuevos niños.

Mientras, los verdaderos miserables —con su monstruosa miseria, la verdadera, la que daña gratuitamente— se regodean saqueando desde sus gobiernos, desde sus empresas a una nación. Y ya que se habló de gratuidad, lo único que ellos dan gratis es la más paupérrima pobreza, ¡pobreza extrema para todos los mexicanos! De la miseria no hablemos, ésa es de ellos, porque es la incurable, la insaciable, la miseria espiritual.



Foto de Julia Edith García Evangelista

DESFILANDO POR LA PATRIA

MIGUEL REYES*

Cansados, acalorados, pero juntos regresan triunfantes de su poderosa misión, ¿qué hace a estos niños ser tan especiales en su misión?, nada, solamente hacen lo que todo alumno debe hacer en su formación cívica. Sólo marchan recordando y honrando a esa “caudillesca y victoriosa” historia mexicana; marchan sin importar el terreno, el clima, sin nadie que los reciba, que los aplauda, que siga su ejemplo. Nada los detiene, nada importa a su alrededor; marchan unidos, marchan sin ningún tono marcial que guíe su andar, sólo sus murmullos y el sonido de sus

* Profesor de la Escuela Normal Regional de la Montaña Tlapa, Gro.

zapatos y huaraches retumbando en ese suelo pedregoso y estéril, son lo que los mantiene en su andar.

¡Marchen, marchen niños! ¡Sigan adelante!, lleguen triunfantes a su escuela, satisfechos de que han cumplido honrosamente su misión; ¡marchen niños, marchen, sigan juntos por favor!

Mira mi escuela. Reflexiones sobre espacios escolares, es un libro para divisar palabras e imágenes de las escuelas de la Montaña de Guerrero, México. Y otra vez los normalistas, los estudiantes, maestros y maestras salen y anuncian que están presentes con una idea novedosa y transformadora.

Libro que nace desde la montañas, con imágenes de escuelas, captadas por otros lentes, desde afuera y por dentro, con metáforas que las acompañan y se entrelazan con los pueblos originarios de esa región: Nahuas, Tu'un savi y Me'phaa. Su alta marginalidad y su extrema pobreza también dan sentido al libro y al contexto educativo que están viviendo y luchando por transformar.

Roberto I. Pulido Ochoa

